

APUNTES

Tomo IV

33

30 DE NOVIEMBRE DE 1937

Alfonso Jiménez Rojas

Enamorado del Arte y de la Naturaleza

El sol y las flores, el paisaje abierto,
la amplitud del cielo matinal, la fuente
desgajando su ancha risa transparente,
lo vieron marchando por su rumbo incierto

apenas la aurora irizaba el oriente.
Los niños, los frutos del humano huerto,
fueron los amores de este hombre que ha muerto
dejando la Vida silenciosamente...

Cultivó los dones del entendimiento
con las fuerzas vivas de su pensamiento
y el riego fecundo de su corazón;

y al tomar la senda del viaje remoto,
perdió la Belleza su mejor devoto
y perdió la Patria su mejor varón.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Ser dos...

Propter hoc dimittet homo patrem
et matrem, et adhaerebit uxori suæ,
et erunt duo in carne una.

San Mateo

No existe, amiga mía, dicha alguna
ni bendición de Dios,
que pueda compararse a la fortuna
sencilla de ser dos.

Ser dos, y para siempre, y de continuo,
en la lucha, en el goce, en el afán,
bajo el sol y la lluvia del camino,
y bajo el huracán.

En risueña estación, en el verano
de la vida ser dos, y a la vez
llegar sin que la mano de la mano
se desprenda una vez.

Ser dos como esos astros que en el cielo,
giran uno del otro en derredor,
y rasgan de la noche el denso velo
con su doble esplendor.

Ser dos... Obra maestra de armonía,
divino nudo ciego que echa Dios!
Ser dos hasta la muerte, amada mía,
y más allá, ser dos.

VÍCTOR E. CARO

DE *Tomás Soley Güell*

Sentado a su mesa de trabajo está don Tomás Soley Güell, cuando nosotros llegamos a interrumpir un momento su labor para pedirle un reportaje. Siempre proponemos un tema económico. Y don Tomás, con toda su inteligencia y buen juicio, nos dice: —Ya no queda nada por decir a este respecto. Cuando se creyó oportuno intervenir en la formación de criterio, lo hice con mucho gusto, pero veo que nada nos aparta de los mismos sistemas de dirigir la economía. No vale de nada la experiencia. Y no se quieren convencer los que siguen esos rumbos que lo único que puede levantar un poco la prostración nacional, la inquietud económica; lo único que podría hacer un poco más llevadera la crisis, es volver de un modo amplio y definitivo a la libertad. En todos los tonos, en todos los momentos hemos dicho lo mismo. Libertad y nada más que libertad. Me cuenta usted que en algún país en donde se contrató un técnico financiero para enderezar las finanzas, después de estudiar éste en una noche las principales leyes que las regían, dijo: «Lo que hace falta es libertad y honestidad». Yo creo lo mismo. Si hay honestidad, la libertad es el complemento de las buenas finanzas. De otro modo el Estado no acabará nunca de seguir sus mismas sendas de tratar de curar un mal para que allí mismo aparezcan mil. Con

el cambio, con el comercio, con nuestras exportaciones debemos hacer lo mismo: conducirlos a la libertad. Mientras ello no suceda habremos de contemplar cada día una nueva dificultad, un nuevo tropiezo y una nueva barrera que se levanta para impedir el desenvolvimiento de los negocios públicos y de los particulares.

Y una vez más hemos recogido a manera de evangelio las palabras del distinguido amigo nuestro, que agradecemos y que tratamos de reconstruir.

(*La Tribuna*, 24 noviembre 1937).



Modelo de esposas que saben mantener distintas la vida pública y la vida de familia.

La sencillez de la esposa de Mussolini

¿Hago mal en denominarla una mujer desconocida? ¿Habéis visto jamás su bello rostro romano, acaso ajado por la madurez, en la pantalla de las actualidades cinematográficas o en las cubiertas de las revistas ilustradas? ¿Os han hablado los periódicos de sus trajes y sus paseos? ¿Ha aparecido su nombre alguna vez en las reseñas sociales donde los grandes del mundo exponen sus singularidades y pequeñeces ante la malignidad popular?

Desconocida, sí. Doña Raquel de Mussolini

lo es hasta lo inverosímil. Todos nos preguntamos cómo la mujer del dictador cuyos sueños turban a Europa, ha podido librarse tan absolutamente de la celebridad.

No busquéis demasiado lejos la explicación, que es sencillísima: La mujer del César ha permanecido en el anónimo porque ella así lo ha querido.

Su esfuminación es una obra de sabiduría, diaria, continua, defendida.

Sinembargo, la psicología, los rasgos, la vida social y personal de esta mujer misteriosa nos interesan mucho por el cuidado que ella pone en ocultarse. El historiador, el psicólogo, el simple curioso desearían conocer esta vida.

Tratemos de alcanzar una pequeña victoria sobre doña Raquel, la misteriosa, revelando algunos de sus secretos.

Habiendo explorado conmigo esta vida oscura—y sinembargo desprovista de sombras—me quedaría admirado si aquellos que más detestan a Mussolini no exclamaran al punto: «Hubiera sido peor a no ser por ella»; y si aquellos que lo admiran no murmuraran en seguida: «Sin ella, no hubiera sido tan grande».

Es por esto por lo que doña Raquel nos perdonará—así lo espero—el haber escuchado junto a su puerta y observado por encima del muro de su jardín.

.....

Los brazos hundidos hasta el codo en una tina de agua jabonosa, una muchacha—Raquel, la pequeña sirvienta—hace la colada en el patio de la posada de Pedrappio.

.....

Dios sabe, sin embargo, que su vida no es grata. Sus padres son campesinos tan pobres que no han podido sostenerla en su casa. La han colocado *a condición* en casa de doña Rosa Mussolini, la viuda del herrero.

Es ella quien hace todo el trabajo gordo de la posada. ¡Y no es muy divertido que digamos! Por allí no pasan más que algunos carreteros que beben a tragos un vaso de vino y se atracan de tortilla. Los domingos vienen los ricachos del pueblo a jugar a las cartas y arrasar la despensa.

Parece que en otro tiempo era muy diferente. El herrero invitaba a sus amigos para hablar de política, bebiéndose buen vino. Se dice que aquel herrero era un hombre rudo. Un *rojo* que no temía defender sus ideas y que por ellas fue encerrado en la cárcel. Pero, el herrero ha muerto. Y desde que no se escucha su martillo golpear contra el yunque, su viuda, la señora Rosa, no es más que una sombra.

Para educar a sus tres hijos—Benito, Arnaldo, Edwige—no contó más que con los magros beneficios de la posada y su pensión de institutriz: dieciocho liras por mes.

Es una mujer marchita que camina a pasos de pajarillo y se sobresalta al menor ruido. Su sonrisa es a la vez tan dulce y tan triste que nadie se atreve a mirarla a menudo, por miedo de que vaya a echarse a llorar.

Felizmente, los muchachos son grandes en la actualidad. No hay más que uno, el mayor—Benito—que dé aún preocupaciones a la señora Rosa.

Este—piensa Raquel con admiración—es un verdadero demonio! Es socialista como su padre y también ha estado ya en prisión a causa de sus ideas. Es un hombre que quiere cambiarlo todo, dar trabajo a los pobres y pan a los hambrientos. ¡Como si eso fuera posible! Pero, es también un sabio. Ha sido instructor y luego profesor de francés en Oniglia. Ha viajado por los países extranjeros. No se sabe a ciencia cierta lo que ha hecho por allá. Dice la gente que los suizos y los austriacos lo encarcelaron. Ahora escribe en los periódicos y es Secretario de la Federación Provincial Socialista. ¡Tiene que inquietar a su mamá! La política no es un oficio. Esta es también la opinión de Raquel. Si se atreviera, se lo diría a Benito.

—Raquel—dijo la señora Rosa desde la ventana—vé a buscarme zanahorias a la huerta, para la cena.

—Sí, señora Rosa.

Cuando cumple el encargo, la sirvienta vuel-

ve a su colada. Este Benito—piensa—es un hombre terrible! Cuando nos mira no sabemos lo que nos pasa. No es extraño que todas las muchachas del pueblo corran detrás de él. No hay quien sepa tocar el violín como él. Seguro que con su música ganaría más dinero que con su política y sus periódicos. ¡Pero, cualquiera le quita las ideas de la cabeza!

Y Raquel la emprendió de nuevo con su canción, aunque con dejo más triste:

Abbiamo dormito sul nudo terreno.

(Hemos dormido sobre el desnudo terreno).

Detrás de ella, una voz fuerte terminó el estribillo:

E in América sí lunga, sí larga,
traversata da fiume e montagne,
con l'industria di noi Italiani
abbiam fondato paesi e citá.

(Y en la América tan larga y tan ancha, atravesada por ríos y montañas, con la industria de nosotros los italianos hemos fundado países y ciudades).

Raquel se volvió. ¡Dios mío, era él!

Una pequeña barba negra sobre sus hundidas mejillas. Sus ojos brillantes bajo el ala del gran sombrero. Una pelerina flota sobre sus hom-

bros. Lleva en los bolsillos algunos libros. Y en los brazos la caja de su violín.

—Buenos días, Raquel.

—Buenos días, señor Benito.

Mussolini se detiene y observa despacio a la muchachita. Hace años que la conoce. La había visto cien veces, pero no la había mirado jamás. Es rubia y fresca y tan sana que úno se siente rejuvenecer sólo con posar sobre ella los ojos. Raquel enrojeció ante la mirada audaz del violinista revolucionario. Benito vio que le temblaba la garganta. El no se equivocaba ante tales siglos.

—Raquel—le dijo—, se besa siempre al hijo de la casa cuando retorna.

Cuando llegó la noche, Benito y Raquel fueron a pasearse a la luz de la luna, por los olivares.

.....

Se le habían presentado a Benito muchos partidos ventajosos. Pero él miraba por encima del hombro a las hijas de los campesinos ricos. Se había cruzado por entonces en su camino una muchacha maravillosa con talle de parisién y con unos ojos de ángel de Rafael: una institutriz que tocaba el piano, recitaba poemas de Carducci y hablaba francés como una gran dama. Benito dio con ella algunos paseos sentimentales. Compuso para esta muchacha una romanza:

«Bimba, non mi guardare» (Muchachita, no me mires...). Pero las cosas terminaron allí.

Quizá recordaría a la bella propagandista rusa Helena M... que le decía «Benitouchka» y lo despertaba a mitad de la noche para hablarle de Karl Marx. Tal vez no había olvidado todavía a alguna de esas muchachas de Frioul...

Pero, de repente, no existió para él más mujer que Raquel. La muchacha no aportaba más que sus bellos cabellos, su corazón fiel. A su vez Benito sólo podía ofrecerle su cabeza llena de frases, sus ojos conquistadores y su ruin porvenir de intelectual muerto de hambre.

Pero el uno convenía a la otra, y la pobre señora Rosa tuvo que resignarse una vez más.

La pareja se instala en Forli, en una pequeña habitación de obrero. Raquel se ocupaba de todo: de la limpieza, del lavado, de la cocina. Cuidaba el rebaño. Hacía calceta.

No ha cambiado en nada. Se le puede preguntar hoy: ¿Qué hacéis, doña Raquel? Responderá al momento: «Me ocupo de mi casa». Y eso es cierto en 1937 como lo fue en 1910 o en 1914.

No es fácil la vida en la pequeña habitación de Forli, sobre todo después del nacimiento del primer hijo: Edda, hoy condesa de Ciano. Tienen ciento veinte liras mensuales para vivir, ni un céntimo más. Y Benito no puede trabajar con más ahinco. Además de su secretaría remunera-

da por la Federación Socialista, ha emprendido un periódico semanal de doctrinas, *La Lucha de Clases*, en el cual lo hace todo, desde el editorial hasta las fajas para los abonados. Para pagar el impresor, a menudo hay que recurrir a las escasas liras del presupuesto hogareño. Doña Raquel no protesta. No se comprará ropa este mes y eso será todo. En resumen, el traje que viste—el único que tiene—podrá durar algunos meses más.

No son esas frivolidades lo que la inquieta, sino el humor de su marido. Benito se va haciendo más taciturno cada vez. Ha perdido su risa, su hermosa confianza. Duda de todo ahora, más que nada de sí mismo. Sus compañeros de lucha en las filas socialistas le parecen mediocres y débiles. Los llama los *lame-botas* o los *tallarines*.

Doña Raquel tiene casi terror cuando lo ve llegar por las noches con el sombrero sobre los ojos y los dientes apretados.

Benito exclama con verdadera desesperación:

—¡Raquel, Raquel, todo está perdido! No haremos nunca la revolución.

La valerosa mujercita lo desarma quitándole los zapatos.

—Pero sí, tú la harás. Sólo que te impacientas, Benito. Quieres recoger la cosecha apenas has terminado la siembra. ¿Crees que sea razonable?

El futuro dictador no la oye. Ha cogido un volumen de Leopardi y se abandona al encantamiento mortal de su melodioso pesimismo.

—¿Qué soy yo, Raquel? Dímelo—murmuró de pronto—. Como ves, puedo hacer política y no tengo bastante paciencia para esperar los resultados. Quizá he hecho mal en abandonar la literatura. El folletín que dí a *Avanti*, «Claudia Porticella o la querida del Cardenal», dobló la tirada. Pero, no es eso lo que me interesa. Hacer novelas populares, nó, por misericordia! Era más feliz de albañil. *Al menos, se ve lo que se hace, se está seguro de construir una casa.*

Al fin Benito se calla y permanece sentado sobre la cama, con las piernas colgantes y los ojos en el vacío.

Entonces ella le habla dulcemente de su infancia, de su padre, de mamá Rosa y de aquel día—¿te acuerdas?—que condujo los ganzos de Pedrappio hacia el vergel de Joseíto...

El hombre vencido se revigoriza al contacto de los recuerdos. El campesino asfixiado por los libros recobra su valor, encontrando su infancia entre los labios de su mujer.

.....

Entonces cogía el violín y se ponía a tocar romanzas, con la corbata deshecha y su hermosa cabellera inclinada sobre el instrumento, como si fuera sobre el seno de una mujer.

Doña Raquel, con las manos cruzadas sobre el vientre grávido por una vida nueva, lo escuchaba sonriendo.

—¡Cuán dichosos seríamos—pensaba ella—si no existiera esa maldita política!

Pero la política no abandonaba a su violinista.

Y doña Raquel veía con menos alegría que orgullo que su instructor romántico se convertía en hombre grande.

Hélo aquí como figura principal del periódico *L'Avanti* y líder extremista de su partido. De ambas cosas se aprovechaba para fomentar una pequeña revuelta a propósito del desembarco de los soldados italianos en Trípoli.

Cogen a Benito. Lo condenan luégo a cinco meses de prisión.

Doña Raquel no llora. Espera, atendiendo a su casa, como siempre.

Benito sale del encierro y se convierte en director del *Avanti*. Firma artículos cada vez más incendiarios.

1914. En un pequeño pueblo, del que nadie sabe el nombre, un archiduque austriaco y su mujer caen bajo los disparos de unos conjurados servios. La ola de sangre de Sarajevo se extiende, crece e inunda a Europa.

Al comienzo, Italia no se moviliza y doña Raquel aprueba con toda su alma a su marido cuando éste protesta contra la guerra.

—Que viva la política—dice la mujercita—si la política puede impedir la matanza!

Pero Benito evoluciona. Presenta su renuncia al *Avanti* y funda *Il Popolo d' Italia*.

Los dos lemas que porta el periódico:—«Quien tiene armas tiene pan: Blanqui», y «La Revolución es una idea que encontró bayonetas para defenderse: Napoleón»,—no son muy adecuados para tranquilizar a Raquel.

Ella tiembla cuando escucha a su marido explicarle que Italia debe tomar parte en la guerra, de la que saldrá, según él, la redención de las provincias irredentas y la Gran Noche tan esperada.

.....

—¿De veras que es necesario, amigo mío?

—Sí—le responde.

Entonces ella se calla, resignada, como mamá Rosa en otro tiempo, cuando el herrero de Pedrappio se marchaba entre los gendarmes.

Mussolini besa a su mujer, a sus hijos; acuesta el violín en su pequeño ataúd y parte para la guerra.

.....

El 24 de febrero de 1917, doña Raquel recibe un telegrama. El sargento Mussolini ha sido herido gravemente por la explosión de un mortero, ante Boberdo. Lo llevan a Ronchi, luego a Milán.

Cuando su mujer lo vuelve a ver, es un moribundo. Tiene cuarenta y dos heridas, repartidas por todo el cuerpo.

Sin embargo, el sargento Mussolini sobrevive. Cuando oye las campanas del armisticio, toma de nuevo su puesto en el *Popolo d'Italia* y crea el primer fascio. Es un personaje.

Doña Raquel no tiene ya necesidad de consolarlo. Benito sabe a dónde va. Si no tiene tiempo para tocar romanzas en su violín, canta por la mañana mientras se afeita.

Algunas veces exclama, poniendo sobre sus rodillas a Edda, Bruno o Vittorio:

—¿Sabes, Raquel? Tú tenías razón. Al fin haré mi revolución.

Y Raquel, dichosa de verlo tan radiante, no pregunta si se trata de la Gran Noche que embrujaba los sueños del maestro de Forli.

También, el 27 de octubre, cuando las legiones comenzaron a marchar sobre Roma, y el 29, cuando el Rey confirió el poder a Benito Mussolini, doña Raquel era la cabeza más fría de toda la Península. Y no ha cesado de serlo.

Instalada en el palacio Titoni, luego en la Villa Torlonia, vive con tanta sencillez como en Forli o en Milán. Jamás se le ha visto en una recepción diplomática, en un té elegante o en una playa de moda. El hogar, el eterno hogar y la educación de sus últimos hijos Romano y María toman todo su tiempo.

—¿Por qué queréis que cambie de vida? Porque Benito es dictador? Ésas son cosas de hombres que a mí no me incumben.

Por la mañana, cuando su marido se va hacia el palacio de Venecia—palacio al cual doña Raquel llama «la oficina», como si se tratara de cualquier jaula de banco o de compañía de seguros—ella ordena el almuerzo, vigila la colada o el remiendo de ropa. Después hace recitar sus lecciones a Romano y a María. Más tarde baja al jardín.

.....

Cuando Raquel pasa algunos días en Rocca del Camminata, el magnífico castillo que regalaron a Mussolini los habitantes de la provincia de Ravena, ella se reúne de nuevo con sus parientes que cultivan las tierras del dominio. En esta atmósfera campesina está en su puesto y recobra valor y fuerzas para el resto del año.

Este olor de la campiña se lo trasmite a su marido. Como una «medium» lo pone en comunicación con las fuerzas primitivas.

Donde el mundo entero ve un emperador, ella no percibe sino al maestrillo que la besó hace un cuarto de siglo en la taberna de Pedrappio.

Silenciosa, Raquel espera que Benito la aguarde como en otros tiempos en la pequeña habitación de Forli, cuando él desesperaba de su estrella.

Así, en su «vida humilde de trabajos fastidiosos», que no son por cierto fáciles, sino que exigen «muchísimo amor», doña Raquel envejece dulcemente.

Ella no deseó en lo más mínimo su destino prodigioso, pero tampoco le ha huído. La política le sigue disgustando siempre. Es la política quien llevó a su marido a la prisión once veces, y es también la política la que pone en peligro de muerte a Bruno, a Vittorio y al esposo de Edda, aviadores de una escuadrilla cuyo nombre, *La Disperata*, hace temblar a su madre. Es la política quien colocó a Benito Mussolini a la altura del trono.

Pero estas grandezas no tienen nada que ver con la dicha sencilla deseada ardientemente por Raquel. Le parecen menos seguras que «una buena situación». Como Leticia, la madre de Bonaparte, la mujer del César está tentada a menudo de decir, moviendo su pensativa cabeza:

—¡Dios mío, con tal que dure esto!

Pero su ternura impone silencio a sus inquietudes.

Y, muda, con el corazón apretado, escucha el paso de las legiones en marcha.

LUIS DELAPREE

La Historia Anecdótica

POR JULIO VIVES GUERRA

Coreográfico y agencia mortuoria.—Quienes ya hemos mediado el siglo, vivimos de los recuerdos, gustamos de evocar los de la lejana juventud y pensar en los amigos que, al morir, se llevaron consigo un poco de nuestro propio sér.

Por eso yo aludo frecuentemente a Luis Zea Uribe, a Jesús del Corral, a Tomás Quevedo Alvarez y a todos esos fraternales amigos de infancia lejana y de lejana juventud.

En dónde, en dónde están los que conmigo se aventuraron en la lid tremenda?

Dejando voy por la difícil senda uno tras otro al deudo y al amigo!

Soy como el veterano que en la aldea, donde ignorado vive y escondido, en recordar los riesgos que ha vencido sus veladas inútiles emplea.

Allá por los años de 1890 ó 1891 vino de Santa Fe de Antioquia a Bogotá, en viaje de paseo, Jesús del Corral.

En aquellos tiempos un viaje de Antioquia a Bogotá era aproximadamente como un viaje hoy de Bogotá al Japón; y quienes no habíamos salido sino a los aledaños de nuestra ciudad nativa, mirábamos a los que habían venido a la capital

de la República como si cada uno de ellos fuese un Marco Polo, un Herodoto, un Gulliver.

En aquella época Jesús del Corral tenía unos veinte años, era un muchacho rico y había venido a darse un *filito* de Bogotá. De modo que no tiene nada de extraño que, aunque no fue nunca dado a la parranda, les arrimara el hombro a los bailes de candil, a los *piquetes* bien regados y a las jiras en que Hebe y Momo dan de sí lo que pueden.

Una noche andaban de bureo Jesús del Corral, Julián Páez, Manuel Uribe Velásquez, Julio Flores y Julio Galofre, y al pasar por una casa de dos pisos oyeron que en el piso alto sonaba música.

—¿Qué sucede aquí?—preguntó del Corral.

—Este es un bailadero—contestó Páez.

—Pues entremos—agregó Uribe Velásquez, que se hallaba siempre presto a echar una cana al aire.

—Entremos—repuso Galofre—, y van a ver una cosa curiosa.

—¿Qué es ella?—preguntó Flores.

—Que para entrar a ese salón de baile hay que pasar por una agencia mortuoria que se halla en el piso bajo.

Entraron y, efectivamente, antes de tomar la escalera que conducía al salón de baile, tuvieron que atravesar una agencia mortuoria.

Los ataúdes, recostados contra los muros, parecían aguardar a que las parejas terminasen la danza para acogerlas en sus cuencos sombríos.

En un cuadro mural, una calavera pintada sobre dos fémures en equis, parecía hacerles muecas a los bailadores.

Una vez llegados los cinco amigos al salón de baile, Jesús del Corral sacó un libretín e improvisó un bello poema en redondillas, de las cuales apenas recuerdo estas, que me encuentro acurrucadas en un desván de la memoria:

Triste, con mirar incierto,
me detuve a contemplar
el contraste singular
entre lo vivo y lo muerto.

.....
Arriba, luz y armonía
en el dorado salón;
abajo, negro crespón
velando la estancia fría.

.....
De esta vida transitoria,
caprichosa y triste unión:
¡arriba, hermoso salón,
abajo, agencia mortuoria!

Cosas de Soto Borda.—Alguna vez, cuando era Presidente de la República el general Rafael Reyes, se trataba de organizar una revista militar, o un bazar, en fin, una fiesta oficial que se esperaba con entusiasmo.

Algunos vecinos del barrio de Las Cruces,

personas de espíritu cívico, empezaron a trabajar por la prensa para que en ese barrio se verificara el festival, y parece que el ánimo del general Reyes se inclinaba a hacerlo allá.

El mismo día en que salió en un periódico la petición que sobre el particular hacían los vecinos de Las Cruces, se encontró el respetable caballero don Antonio Izquierdo con Clímaco Soto Borda, y le dijo, mostrándole el diario:

—Mira, Clímaco, esto. Tienes que escribir un artículo en que muestres las ventajas que tiene el Bosque Izquierdo para hacer en él el festival.

—Por supuesto—contestó el cantor de *El Músico Bohemio*—; pero yo creía que era cosa convenida el hacer allá la fiesta.

—Eso se pensó al principio—repuso don Antonio—; pero después los vecinos de Las Cruces han pedido que se haga allá, y el general Reyes como que quiere complacerlos.

Soto Borda se comprometió a escribir el artículo, y efectivamente lo publicó al día siguiente; pero no se limitó a enaltecer las excelencias del Bosque Izquierdo, sino que se corrió hasta denigrar la plaza de Las Cruces, y aseveró que ella no servía sino para vender chicharrones y cacharros averiados.

Algunos vecinos del simpático barrio, justamente indignados, empezaron a decir que cuando Soto Borda asomara por allá las narices se las vulnerarían y le pondrían las peras a cuarto.

Un día se encontró Soto Borda con el inspirado poeta Eduardo Echeverría; éste le contó la amenaza de esos vecinos de Las Cruces y aquél le dijo:

—Ala, no me voy ahora para Las Cruces, porque no tengo plata; pero apenas levante siquiera cinco pesos me voy para allá y verás que no me pegan.

—No vayas, que te curten—le aconsejó Echeverría.

—Verás que no me pegan.

Apenas Soto Borda consiguió cinco o diez pesos, se fué una tarde para Las Cruces. En la propia esquina de la plaza había en ese tiempo una cantina que se llamaba *La Rueda Pelton*; a ella penetró Soto Borda con la mayor impavidez, si situó en uno de los reservados y pidió una botella de cerveza.

Cuatro o cinco individuos que lo habían visto entrar, alzaron la cortinilla, asomaron la cabeza y uno de ellos le gritó:

—Señor Soto Borda, salga, que tenemos que hablar.

—Entren ustedes y se toman un trago conmigo—contestó Clímaco.

—Salga a la esquina para que nos peguemos!—insistió el otro.

Y Soto Borda, sin inmutarse, le dio esta contestación, que fue acogida con las carcajadas de quienes estaban resueltos a apalearlo:

—No podemos pegarnos usted y yo en la esquina porque no somos avisos.

Una caja de colores.—Don Tomás Pardo Rivadeneira era un caballero bogotano que pertenecía a una de las más honorables familias de la capital.

Existió el señor Pardo en aquellos buenos tiempos en que—mucho más que ahora—el ingenio se daba silvestre, y las salidas chispeantes surgían a porrillo.

Ni que decir hay que el espíritu burlón de don Tomás le dictaba a cada paso oportunas agudezas y no pocas guasas que eran el regocijo de sus compañeros.

En aquella época—que el Indio Uribe calificó de «tiempo de la avalancha métrica»—todos sabían hacer versos. Se me dirá que hoy también; pero hay que distinguir: en aquellos tiempos todos *sabían* hacer versos y hoy todos los hacen, aunque no lo sepan, lo que no es lo mismo, y así sale ello.

Estaba una vez el señor Pardo Rivadeneira de paseo en la hacienda de Peñalisa, en compañía de su íntimo amigo el ilustre publicista Aníbal Galindo, y determinaron venirse una madrugada en canoa, río abajo.

Eran apenas las cinco de la mañana, en una de esas mañanas de diciembre en que el amanecer de tierra caliente es una orgía de colores, un derroche de luz y una profusión de claridades.

La canoa se deslizaba rápidamente río abajo, y el doctor Galindo, que era persona de gran talento, pero no sabía hacer versos—o, al contrario, porque el *pero* acarrea lo principal en las frases: que no sabía hacer versos pero que era persona de gran talento—se sintió de sopetón inspirado, y, mirando de hito en hito las fulguraciones de la aurora, empezó a improvisar:

De rojo, de verde,
de azul y de nácar,
de rosa y jazmín...

Mas se le huyó la musa y, con el fin de atraerla de nuevo, repitió:

De rojo, de verde,
de azul y de nácar,
de rosa y jazmín...

Nada, que el demonio de la musa estaba resistida a volver a la mente de su amartelado requeridor, por lo cual el señor Pardo Rivadeneira, con voz estentórea, que despertó las ondinas del río y las náyades de la orilla y las hamadriades del bosque, terminó así la muy sudada y coloreada estrofa:

Con tantos matices,
caja de colores
tendremos al fin!

Un quijotismo de José Eustasio.—José Eustasio Rivera no fue solamente inspiradísimo poeta y gran novelista, sino que su corazón no era inferior a su cerebro y tuvo rasgos de hidalguía a linde con el quijotismo.

Todos tienen a Rivera por un hombre práctico que hacía bellísimos versos; por un viajero que escribió una de las más hermosas novelas de la lengua castellana; pero Rivera fue antes que todo un romántico.

Y esto lo afirmo por vía de elogio, de altísimo elogio, porque el romanticismo está en la sangre latina, y si es Isabel de Segura y Diego Marsilla en Teruel, también es Bolívar en Junín. El día en que desaparezca de la tierra el romanticismo tendrán que andar con el arma al brazo los hombres honrados para defenderse de los puñetazos de ciertos púgiles a quienes jalea el público espeso, y de las patadas de ciertos futbolistas endiosados.

Rivera fue, lo repito, un poeta romántico. Su género quizá pudiera llamarse *romántico-descriptivo* o *romántico-objetivo*.

La dulce quejumbre de la torcaz, el silencioso vuelo de la garza, el galopar de los potros en la llanura extensa; las vacadas que mugen, la noche que cae sobre los Llanos, todo tiene un fondo melancólico y romántico.

Y hay que leer este soneto, quizá el más bello de Rivera, para apreciar ese romanticismo:

Doliente y solo, donde el llano empieza,
se tiende el cementerio campesino
y en la vasta penumbra el vespertino
viento suspira y la colmena reza.

Nada turba su mística tristeza;
nada, y en el invierno peregrino
se dobla alguna cruz ante el camino
y amanece llorando la maleza.

Ya de noche, unas vacas compasivas,
haciendo misteriosas rogativas,
se echan por calentar las sepulturas,
y, dirigiendo al cielo sus ojazos,
ven una cruz de estrellas cuyos brazos
se abren sobre las huérfanas llanuras.

En una de sus frecuentes excursiones por los Llanos, iba Rivera una vez con un compañero, cuando oyó que de un bosquecillo a un lado de la senda salían ayes y alaridos.

Pusiéronse en escucha los dos viajeros y, como los ayes seguían, diéronles de las espuelas a las cabalgaduras y penetraron al bosquecillo.

Era una escena semejante a una de las primeras aventuras de Don Quijote: un habitante blanco de aquellas regiones estaba dándole de latigazos a una pobre india que gritaba desesperadamente.

Rivera, sin apearse, le arrebató el látigo al vapulador, en tanto que le gritaba:

—¡Cobarde!... guache!... canalla!... ¡Así no se trata a una mujer!

El otro, que parecía ser un rudo ganadero, requirió el revólver y le gritó al poeta:

—Para usted también hay... y para su madre!

Rivera dio un rugido, le clavó las espuelas ferozmente al caballo que, encabritado, saltó sobre el grosero gañán y lo arrojó sobre la yerba como un pelele. El valeroso cantor de la selva se apeó y, ya con su revólver en la mano, le dijo al otro:

—Voy a darte diez latigazos en la cara: uno por esta pobre india; otro por todos los indios a quienes habrás maltratado, y otros ocho por mi madre.

Dicho esto, esgrimió el látigo que, al caer sobre las mejillas del palurdo, le dejó una huella roja.

El hombre lanzó un grito que devolvieron los ecos nemorosos. Rivera alzó el brazo y otra vez el látigo pintó una serpiente de fuego sobre la mejilla del gañán. Este se arrodilló, juntó las manos en imploración y dijo:

—Perdóneme, señor...!

El poeta guardó su revólver, recogió el del azotado, se lo entregó y le dijo tranquilamente:

—Tóme su revólver y asesíneme por la espalda si quiere. Le perdono los otros ocho latigazos en nombre de mi madre...

Un rasgo de Vergara y Vergara.—Desde mi lejana infancia el nombre de don José María Vergara y Vergara me era familiar, porque mi madre me cantaba a menudo unas seguidillas dolientes del excelso autor de la *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*:

Otro día se vieron
sus dos ventanas
abiertas a las brisas
de la mañana:
era que adentro
las mujeres estaban
velando un muerto!
Era la dulce niña
que reposaba
sobre su blanco lecho
de rosas blancas
y en torno ardían
cuatro cirios más blancos
que sus mejillas!

Por eso, con el recuerdo de aquellas dolientes seguidillas que mi madre me cantaba, viene siempre a mi memoria el de la condal figura del poeta; lo que hace que esté yo doblemente agradecido al caballero que, con el seudónimo de Arezipa Jr., me remite los datos para esta anécdota; datos que, por considerar yo discreta y acertadamente escritos, copio casi textualmente, con los ligeros cambios que exige el tono general de esta sección.

«Don José María Vergara y Vergara vivía en esta ciudad, en la carrera 5.^a, entre las calles 16 y 17.

»Cierta noche estaba escribiendo, después de comer, en su gabinete, cuando vinieron a avisarle que unos soldados de los conservadores estaban rondando la casa de su tía, doña Inés Vergara, la que le suplicaba que fuese.

»Doña Inés era liberal y grande amiga del general Mosquera, a cuyas tropas ayudaba durante la guerra, enviándoles noticias, drogas, víveres y cuanto estaba a su alcance.

»Supo esto el Gobierno, y entonces fué a la casa de la señora Vergara una escolta, al mando de don Guillermo Terán, abuelo del inteligente caballero y activo director actual de la circulación, don Pablo Aza Terán.

»Don Guillermo era pariente y amigo de Vergara y Vergara, y fué enviado por el Gobierno a la casa de doña Inés con el fin de que inspeccionara todo y viera si encontraba documentos comprometedores.

»Don José María, al recibir la angustiosa razón de su tía, salió apresuradamente en dirección a la casa de ella, que vivía no lejos de allí.

»Apenas llegó Vergara y Vergara, el señor Terán, sumamente irritado, lo detuvo, y como aquél insistía en entrar, don Guillermo, sin oír razones, lo hirió en el pecho con la espada.

»A causa de la herida, don José María viose obligado a guardar cama durante tres meses.

»Algún tiempo después triunfó la revolución y el general Mosquera asumió el poder. Naturalmente hizo gran cantidad de prisioneros políticos, entre ellos a don Guillermo Terán.

»Supo de la prisión de éste el señor Vergara y Vergara, y aprovechando las influencias de su tía doña Inés, pidió y obtuvo el permiso para visitarle en la cárcel.

»Invitó para que lo acompañaran a la señora y a los niños de don Guillermo, a quienes el prisionero no veía desde hacía varios meses.

»Al entrar a la celda del prisionero el señor Vergara y Vergara, don Guillermo le dijo rudamente:

—»José María, ¿vienes a vengarte?

—»Sí—contestó el gran literato, mientras lo abrazaba—. Te traigo, para vengarme de tí, los besos de tus hijos».

Apotegma jurídico.—El doctor Belisario Agudelo es un respetable e ilustrado jurista, actualmente magistrado del tribunal superior de Antioquia.

Es el doctor Agudelo un magistrado consciencioso e integérrimo, que en todos los empleos judiciales ha dejado una luminosa huella de saber, de honradez y de laboriosidad, y así, es justa-

mente querido y estimado por cuantos con él tienen que rozarse en una u otra forma.

De tal modo que no pertenece el doctor Agudelo a la piara de aquellos jueces a quienes puede aplicárseles el resabido y resobado epigrama:

Hay en este pueblo un juez
que vive muy satisfecho
pues sabe tanto derecho
que lo sabe hasta al revés.

Tampoco es el doctor Agudelo de esos magistrados que para dictar un auto de citación nombran a los fenicios, a los romanos, a los indúes y a los israelitas; sino que—según dice uno de sus biógrafos—es conocido «como el magistrado de las sentencias cortas pero jurídicas».

En el año de 1925 era el doctor Agudelo juez del circuito de Santo Domingo, y una tarde que salía de su oficina se encontró con su amigo, el honorable e inteligente caballero don Jesús Mira Giraldo.

—Doctor Agudelo—le dijo el señor Mira, señalándole un club por donde en ese momento pasaban—, ¿quiere que entremos a jugar una partida de billar?

—Entremos, y sea lo que Dios quiera—contestó el doctor Agudelo, sonriendo.

Entraron los dos amigos, y el doctor Agudelo le dio a guardar al administrador del establecimiento unos códigos que llevaba bajo el brazo.

Después de una hora de jugar al billar, el doctor Agudelo, que tenía que pagar lo que en el *argot* de los billaristas se llama «el tiempo», le dijo al administrador en s^{ón} de chanza:

—¿Qué hace usted ahora conmigo, don Juan, que no tengo con qué pagarle?

El administrador, siguiendo la chanza, contestó:

—Entonces me quedo con estos códigos, para no perder mi plata.

—Si ha de quedarse usted con esos códigos—repuso el doctor Agudelo—, hago cualquier sacrificio y le pago.

—Y por qué hace usted sacrificio para pagarme?—preguntó don Juan.

—Porque los códigos y las leyes en manos de los ignorantes son tan peligrosos como las bombas de dinamita en manos de los niños.

Un curso singular.—Siempre ha habido la creencia, sobre todo entre los enemigos de los presidentes, de que éstos, para escoger los empleados, no paran mientes sino en sus paisanos, en los nativos de la patria chica.

Cuando mandaba Núñez todos afirmaban que no nombraba sino costeños; cuando Marroquín, que bogotanos; cuando Reyes, que boyacenses; cuando Restrepo, que antioqueños; ahora, que tolimenses, y así de los demás.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que cuando la presidencia del doctor Carlos E. Restrepo, las gentes dieron en afirmar que «les cargaba mucho la mano a los maiceros», esto es, que para los montañeses eran los empleos.

Pero hago constar que, por lo que a mí se refiere, eso no fue cierto, pues Carlosé, cuando fue presidente de la república, no me nombró ni la madre.

Hallábase en Tunja, un día de mediados de 1911, leyendo en su cuarto, el inteligente caballero don Alejandro Barrera Gómez, de tal modo entusiasmado con su lectura, que no sintió cuando asomó a la puerta su amigo don Elías Franco, otro caballero de muy claro talento y de buen ingenio.

El señor Barrera a ratos leía apenas musitando, y a ratos declamando con vehemencia, por lo cual don Elías le preguntó:

—¿Qué lees tan entusiasmado?

Don Alejandro no se enteró de la pregunta y leyó en voz alta:

Salve, segunda trinidad bendita!

Salve, frisoles, mazamorra, arepa!

Yo con sólo nombraros ya siento hambre!

No muera yo sin que otra vez os vea!

—¡Bonito modo de contestar!—le interrumpió el visitante—. Dime qué es lo que lees.

Mas don Alejandro, siempre sin enterarse de la pregunta, siguió leyendo y declamando:

Pero con esa papa, la vil papa,
¿qué cosa puede hacerse? No comerla!

—Ala, Alejandro, estás loco?—le gritó don Elías ya casi enfadado—. Déjate de versitos y contéstame!

Nada, que el frenético lector no bajaba de las cumbres de su lirismo eglógico y sólo repuso:

Y como sólo para Antioquia escribo,
yo no escribo español sino antioqueño!

—Bueno, pero me contestas o no me contestas?—le preguntó el señor Franco muy sulfurado.

Por fin bajó de las nubes don Alejandro y le dijo:

—Excúsame, es que estoy estudiando para ganar un curso.

—Que estás estudiando? ¿Estudiando qué?

—Estoy estudiando antioqueño, a ver si Carlos me da un destino.

Las travesuras de Rodríguez Moya.—No es que Francisco Rodríguez Moya haya puesto ya los pies en los umbrales de la ancianidad; pero quien lo ve hoy tan serio, tan atiborrado de guarismos

y ecuaciones, arrojando la cartera ministerial a los pies del señor presidente, para ocupar su curul de congresista, no puede imaginárselo con quince años, arrancándose por peteneras y haciéndole a la novia versos en que la llamara hurí, hada, arcángel, y le aplicara otros sustantivos femeninos sacados de las nebulosas poéticas.

Yo sí conocí a Rodríguez Moya cuando él era estudiante, y a pesar de la diferencia de edades—pues no recuerdo si yo le llevaba quince años o viceversa (cruel enigma!)—nuestra amistad era muy sincera y muchos de sus versos los tenía aprisionados en mi memoria:

Entre ojos de mujeres, la pupila
que amenaza llorar, más enamora:
si quieres amistad, sé alegre y ríe,
mas si quieres amor, sé triste y llora!

.....

Yo que no doy mi corazón, lo vendo
por un puñado de dolor... Sé triste!

Y cito estos endecasílabos porque yo no sé versos míos; cuando me veo obligado a recitar, les arrimo el hombro a esos y con ellos me luzco. Bien es verdad que nunca digo que sean ajenos, pero tampoco digo que son míos.

Bueno, pues Rodríguez Moya, poeta sentido y a veces tempestuoso, solía agarrar del pelo a la musa de lo jocosu, para que ésta le inspirara

charlas métricas que hacían el regocijo de los condiscípulos del poeta.

En el año de 1905 era Rodríguez Moya alumno de la Escuela Nacional de Minas, de Medellín, y rector del plantel, don Tulio Ospina, sabio profesor a quien Camilo Flammarión citó alguna vez como autoridad en achaques de astronomía y cuyo talento le iba por raza.

El profesor de Física de la Escuela de Minas era el doctor Francisco Antonio Uribe Mejía, un apóstol de la ciencia, conocido por todo el mundo con el familiar hipocorístico de *el doctor Pachito*.

El doctor Pachito tenía, sigue teniendo y ojalá tenga por un siglo, para honra de Colombia, una venerable calva de esas que en las plateas sirven de punto de mira, y un día Rodríguez Moya, a petición de su condiscípulo el inteligente ingeniero doctor Alejandro Bernal, escribió estos versos, que después copiaron todos los alumnos y que el mismo doctor Pachito celebró grandemente:

La Academia del Estado,
considerando que vive
el doctor Pachito Uribe
sirviendo a la humanidad,
y que en tan ruda tarea
ha perdido los cabellos
negros, sedosos y bellos,
que tuvo en la mocedad,

Decreta:

Concédese una peluca
de gran honor a don Pacho,
al excelente ex-muchacho
de quien se acaba de hablar,
y ha de ser esa peluca
por el Fisco regalada
y en letra grande y dorada
esta estrofa ha de llevar:

*«Enero, undécimo día;
la Academia del Estado
al gran cabecipelado
Francisco Uribe Mejía».*

Del Director

—Entrevista instantánea—dijimos a don Elías Jiménez, al doblar una esquina.

—¿De qué se trata?—nos preguntó, tirándonos de un brazo hacia el hueco de una puerta.

—Se trata de saber—proseguimos—si usted ha cambiado de opinión respecto a la fecha oportuna para las fiestas anuales de la ciudad de San José. Recordamos que hará en breve 35 años, siendo usted munícipe al lado de don Cleto González Víquez, del doctor don Carlos Durán, de don Ricardo Fernández Guardia y del señor ingeniero don Lucas Fernández, alguno propuso

que se hicieran las fiestas en marzo, y usted se opuso ardientemente.

—¿Y a usted se le pasa por la cabeza que yo haya podido cambiar de parecer sin motivo? ¿Ha cambiado acaso el mundo? Diciembre sigue siendo el mes más bello y uno de los más sanos, talvez el más sano, con sus vientos del Norte, renovadores y tonificantes; mientras marzo sigue siendo un mes de calores abrumadores y de enfermedades epidémicas: influenza, sarampión, viruela, tifoidea, etc. Y añadida que rara vez faltan en marzo uno o dos fuertes aguaceros, hacia el día veinte.

—Pero en marzo hay mayor anchura económica que en diciembre.

—¡Vaya un cuento! Marzo es un mes de extenuación frecuentemente. Las temporadas de baños de mar y de giras campestres, de enero y febrero, no son por cierto lo más a propósito para llenarle a usted los bolsillos. Pero eso de la holgura económica es cosa de última importancia para regocijos. La fiesta surge sola cuando hay buen humor. Y el buen humor depende por completo de la salud de que uno goza y de la alegría del ambiente. Diciembre es alegre por razones de metereología y en virtud de costumbres universales. En diciembre reciben sus diplomas nuestros estudiantes y—¡oh supremo contento!—están cerradas las escuelas. Las fiestas de fin de año existirán siempre, sin que

necesiten del *famoso* concurso de las *comisiones* organizadoras. Diciembre es de suyo toda una fiesta.

—Total, que usted está contra marzo.

—No, hombre, que hagan también fiestas en marzo, para que comparen y vean lo que es una fiesta a la que todo nos invita, y lo que es una jarana o fiesta sin alma o tradición.

*
**

Contrarréplica es la respuesta a una réplica. Pero ¿qué es *replicar*? En lenguaje forense es instar o argüir contra una respuesta; pero en lenguaje corriente es también y sobre todo: «responder como repugnando lo que se dice o manda» (Academia Española), y aun responder simplemente o contradecir (Littré y otras autoridades). En inglés, hasta las respuestas con actos pueden expresarse con el verbo replicar: *he replied with a blow* (él respondió con un golpe).

Etimológicamente, replicar es lo mismo que *replegar* o *replegarse*: doblar hacia atrás; devolverse; reflejar; recogerse; meditar, reflexionar. Quintiliano dice: *replicare labra*, replegar los labios (hacia atrás, *con desdén*). Replica propiamente quien responde con desdén.

*
* *
¡Cuidado con hablar mal de los barberos...!
Hay que limitarse a contar lo que pasa sin hacer comentarios.

El nombre de *barbero*, hace tiempos que no les gusta. En muchas partes han preferido llamarse peinadores o peluqueros, *coiffeurs*, *hair-dressers* (palabra usada antes de la guerra de 1914). Ahora, un «artista» francés, de barbería, acaba de darse el nombre de *capilartista*. La palabra está bien hecha; falta que pegue.

*
* *
El problema de las modas no es tan simple como parece. No es enteramente por obediencia a los modistas, ni por espíritu de imitación, ni por contagio, por lo que, a un momento dado, las gentes de París y las de San Ramón se arreglan el cabello y se trajean de maneras semejantes. Los hombres de una misma nidada, aun cuando vivan en lugares muy distantes y sin relaciones entre sí, manifiestan, por lo general, un gran parecido en sus gustos y en su mentalidad.

*
* *
El 29 de setiembre salió por última vez el *Morning Post*. Era quizá el más antiguo diario de Inglaterra. Contaba 167 años de vida.